

HISTORIA
VERDADERA
DEL EMPERADOR
CONSTANTINO EL MAGNO:
APARICION, É INVENCION
DE LA SS^MA. CRUZ DE CHRISTO,
Y VIRTUDES DE SANTA ELENA.

SACADA DE EUSEBIO CESARIENSE, EL CARDENAL Cesar Baronio, Natal Alexandro, y otros.

SU AUTOR
DON HILARIO SANTOS ALONSO,
residente en esta Corte.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

En Madrid, en la Imprenta de D. Manuel Martin, Calle de la Cruz, donde se hallará, y otras diferentes. Año. 1767.

RESUMEN DE LA HISTORIA.

ES CONVIDADO CONSTANTINO con el Imperio, y lo rebusa. Es convencido à ello, y viene contra el Tyrano Magencio. Trazas supersticiosas de este para vencerle, mandando degollar muchos niños. Aparecesele á Constantino la Santisima Cruz, y vence. Muerte miserable de Magencio. Demostraciones, y favores, que hace Constantino por la gracia que recibiò de Dios. Beneficios que hace á los Christianos, y da el Palacio Lateranense al Pontifice. Milagro que Dios obra con Constancia, muger de Constantino. Alzase por Emperador Maximino; es vencido, y muere rabiando, saltandosele los ojos en castigo de sus maldades. Cubrese de lepra Constantino, y executa una heroyca, y piadosa accion con tres mil niños, destinados à sanarle con su sangre. Aparecensele San Pedro, y San Pablo, que le prometen la salud por medio del Bautismo. Bautismo de Constantino, y aparato magnifico, con los prodigios que en él acontecieron. Bautizanse en Roma mas de doce mil hombres, sin las mugeres, y niños. Manda edificar Constantino muchisimos Templos, y cede al Papa San Sylvestre la Ciudad de Roma, fundando él à Constantinopla, donde se retira. Muerte desastrada del Herege Arrio. Muere San Sylvestre, y no mucho despues el Catholico Emperador. Hacese relacion de varios heroycos, y piadosos hechos de este Catholico Principe. Invencion de la Santisima Cruz, y milagro prodigioso, que Dios obró para conocerla. Halla la Santisima Cruz Santa Elena, y muere no

mucho despues, haviendo visitado los Santos Lugares, y edificado en ellos muchos, y magnificos Templos.

HAllabase por los años de tres mil y once Emperador de Roma el tyrano, y malvado Magencio: proseguia con sus tyranias, y maldades; mas ya no pudiendo los Romanos sufrir por mas tiempo sus insolencias, procuraron evadirse de ellas. Havian solicitado por varias veces á Constantino, que se hallaba en Francia, á que viniese á ponerlos en liberrad. No podian con él reducirle á ello, hasta que ya en esta ocasion fue vencido de los ruegos de los Senadores, para que haciendo Exercito viniese contra Magencio. Supo éste como Constantino se disponia para arrojarle del Imperio, y que ya venia por el camino con toda su gente ácia Roma: preparó la suya, no tanto confiado en ella, como en sus encantaciones, y hechicerias, á que era dado, persuadiendose asi acabar con él, y con su Exercito.

Para emprender su empresa, y que ya la daba por concluida, mandò luego matar muchos niños, con cuya sangre dispuso sus hechizos, y otras diabolicas supersticiones, con que pensó tener cierta la victoria. Salió, no obstante, á encontrarse con Constantino, en que tuvieron algunos encuentros, donde casi siempre havia llevado lo mejor aquel, y Magencio lo peor. Viendo éste que no salian sus cosas como él imaginaba, se retiró à Roma, y cerca de un Puente que está sobre el Rio, llamado *Ponte Milvio*, mandò hacer otro Puente de Barcas, pensando hacer un ardid en èl, con que engañar al Enemigo; pero le salió muy

muy al contrario, como ya verèmos.

Hallabase ya Constantino cerca de este sitio, y determinó salir de Roma Magencio, à darle Batalla. Constantino, aunque era muy animoso, y valiente, sabiendo las hechicerìas de su contrario, estaba temeroso, y dudoso, cómo emprender la funcion: pero como él estaba bien con los Christianos, y les daba credito, (aunque no estaba bautizado) tenia puesta toda su esperanza en Jesu-Christo. Veíase, no obstante, con sus dudas, temeroso de alguna celada del enemigo; y siendo ya mas de medio dia, vió en el Cielo una gran Cruz de color de fuego, y oyó al mismo tiempo una voz que le decia: *In hoc signo vinces.* En esta señal vencerás.

Animado Constantino con esta maravillosa vision, puso gran confianza en el Dios de los Catholicos, que le havia de sacar vencedor de su enemigo. Mandó luego poner en su Estandarte, y en sus Armas la señal de la Cruz, que havia visto; y confiado en ella, y Magencio en sus encantos, vinieron á la Batalla, cerca del referido Puente Milvio. Iba Constantinó en la Vanguardia del Exercito con su Estandarte, y la Santisima Cruz pintada en èl, y encontrando á Magencio, luego al punto le puso en huida. Hizo forzosa su retirada por el Puente de Barcas, que havia hecho para engañar á Constantino, y entrando por él con su Cavallo, cayeron entrambos en el rio, que con el peso de las Armas se fue luego al fondo, y pereció, cumpliendose en èl aquello del Real Profeta: *Incidit in foveam, quam fecit.* Cayó Magencio en el hoyo que para otro havia hecho. No fue solo Magencio el que se ahogò,

gó, pues pereció alli casi la mayor parte de su Exercito, y los que quedaron libres huyeron, dexando á Constantino la victoria en las manos.

Agradecido Constantino al favor del Cielo, y maravilloso signo de la Santisima Cruz, à quien atribuyò su victoria, mandò poner, y esculpirla en todas sus Vanderas, Armas, Celadas, y Yelmos, y hasta en sus sortijas la llevaba gravada en oro, y preciosas piedras. Luego que entró en Roma mandó poner en medio de la Ciudad una gran Cruz con esta inscripcion.

HOC SALUTARI SIGNO VERO FORTITUDINIS INDICIO, CIVITATEM VESTRAM TIRANNIDIS AUGO LIBERAVI. EST P. Q. R. IN LIBERTATEM VINDICANS PRISTINÆ AMPLITUDINI, ET SPLENDORI RESTITUI.

En breve se divulgò esta gran nueva en el Oriente, y en el Occidente; y como quien sale de un obscuro calabozo, y se alegra con la luz, y serenidad del dia, asi los Christianos gozaron esta felicidad; los encarcelados, que eran muchos, fueron libres; los condenados, absueltos; los acusados, perdonados; y todos con extraordinario gozo daban gracias á Dios de tan favorable mudanza, y de haver acabado la cruel persecucion, que diez años havia andado muy viva contra la Iglesia. Luego que Constantino fue recibido, y obedecido en Roma con grande aplau-

so, y universal contento de todos los Romanos, dispusieron los Senadores poner en todas las partes de la Ciudad Trofeos, Imagenes, y Estampas, que representaban la victoria habida del Tyrano, y en todas ellas mandaron labrar la prodigiosa señal de la Santisima Cruz, conforme se le havia aparecido al esforzado, y piadoso Emperador Constantino, que fue de esta manera, ✠ y juntamente la soberana voz, que oyó: *In hoc signo vinces*

Inmediatamente á este santo, y agradecido obsequio mandó publicar un Edicto, y Ley, en que ordenó, que de alli adelante ninguno fuese condenado à muerte de Cruz, la qual hasta entonces se havia usado. Ordenó otras Leyes santas, y justas en agradecimiento de lo que Jesu-Christo nuestro Redentor havia obrado por él. Empezó luego á hacer, y dar muchos bienes, y honras á los Christianos, y edificandoles Iglesias, y Oratorios, dotandolas de rentas, para el sustento de los Sacerdotes, y Ministros de ellas, para el culto, y ornamento de los Altares, y Sacrificios Divinos en todos los Reynos, y Provincias, que entonces estaban debaxo de su Imperio Occidental, que era Italia, Francia, Alemania, Africa, España, y las Islas del Mar Mediterraneo, y Occeano, desde Sicilia hasta Inglaterra.

Y deseando, que el Nombre de nuestro Señor Jesu-Christo fuese venerado, y honrado en todo el Imperio Romano, escribió al Emperador Licinio, su cuñado, que imperaba en las Provincias del Oriente, concertandose con él por sus Embaxadores, para que diese, y con efecto dió, provisiones, y cartas gene-

nerales, mandando, que en todas las tierras à él sujetas, fuesen libres, y desagraviados los Christianos. En ellas, dice Eusebio Cesariense, que se pusieron grandes loores de Jesu-Christo, refiriendo las victorias, que en virtud de su Nombre, y de su Cruz havia alcanzado el Emperador Constantino. Y tratando el mismo Eusebio del buen tratamiento, y graciosa acogida que Constantino hacia á los Christianos, y especialmente à los Sacerdotes de Jesu-Christo, dice asi: ✝

✝ ,, Comenzó el mismo ,, Emperador á llamar, y ,, allegar à sì los Minis- ,, tros de Dios, á los qua- ,, les recibia, honrando- ,, les con mucha humani- ,, dad, y acariciandoles ,, con grandisima bene- ,, volencia, asi de obras, ,, como de palabras, co- ,, mo á hombres consa- ,, grados á Dios. Y aun- ,,que los Sacerdotes, quan- ,, to al parecer, fuesen per- ,, sonas abatidas, y ves- ,, tidos pobremente, él los ,, estimaba, y tenia en ,, mucho; porque consi- ,, deraba en ellos, no lo ,, que exteriormente pa- ,, recia, sino á Dios que ,, estaba en sus animos. ,, Sentabalos à su mesa, ,,y donde quiera que fue- ,, se, holgaba de llevar- ,, los consigo, entendien- ,, do que con aquello ha- ,, cia à Dios propicio ,, para sì, à quien ellos ,, servian. Y añade Eusebio, despues de lo mucho que engrandeció las Iglesias, la liberalidad que usó con los pobres: ,,Re- ,, medió la pobreza de ,, los necesitados en lar- ,, gas, y liberales limos- ,, nas.

Se hizo Constantino muy amigo del Papa Melchiades, como Vicario, que era de Christo, y Cabeza de su Iglesia. Y pareciendole al Emperador que no convenia á la Autoridad Pontifical de-

xar

xar dè tener casa propria, y señalada, como siempre la havian tenido los Pontifices Gentiles, hizo donacion al Papa Melchiades del Palacio llamado Lateranense, que era Palacio Imperial, y havia vivido en él Fausta, hija del Emperador Maximiano, y muger del Emperador Constantino. No exercia el Emperador sus aficiones con solo los Christianos, que residian en Roma, que tambien se estendia á los Obispos ausentes, como consta de una carta, que refiere Eusebio, escrita por su mismo puño á Ceciliano, Obispo de Cartago, donde hace mencion del célebre, y doctisimo Osio, Obispo de Cordova, que es de esta manera.

CONSTANTINO, A CECILIANO, OBISPO de Cartago. Salud.

Porque nos ha parecido embiar por todas las Provincias de Africa, Numidia, y Mauritania, algun socorro á los Ministros de la Santisima Religion Catholica para los gastos comunes, y sobre esto tengo escrito á Urso, Varon nobilisimo, nuestro Questor de Africa, que entregue à tu gravisima Persona tres mil monedas; recibirás la dicha suma de moneda, y mandarla has repartir entre las personas que Osio te havrá embiado por memoria; y si mas fuere necesario, para cumplir con ellos conforme á mi intento, perdirlo has con mucha confianza à Heraclida, Procurador de nuestras Posesiones; porque yo le tengo mandado, que quanto le pidieres te lo dé luego.

Ya tenia Constantino todas las cosas de su Imperio arregladas, quando embió á llamar à Li-

cino : casóle con una hermana suya , llamada Constancia , que ya era Christiana ; porque orando un dia al Sepulcro de Santa Inés por el remedio de una ùlcera incurable, que padecia , se le apareció la Santa , y la dixo: *Que si se hacia Christiana quedaria libre.* HizoloConstancia , y luego que se bautizò quedò libre de la ùlcera , y sana totalmente ; y en agradecimiento del favor , que havia recibido de Dios,y de su Santa , la edificó luego una Iglesia en su honor , cuya fiesta, y memoria celebramos á veinte y ocho de Enero.

Hallabase ya por este tiempo cargado de años el Papa San Melchiades,y como havian sido muchos los trabajos , persecuciones , y tribulaciones en tiempo de Magencio, le ponen algunos entre los Martyres. Succedióle San Silvestre. Este Santo Papa persuadió al Emperador Constantino á que celebrase el Concilio Niceno , donde se establecieron utilisimas cosas para el regimen de la Iglesia. Todo estaba en paz en el Pontificado de este Santo Pontifice , á excepcion del Oriente , donde estaba Maximino , gran perseguidor de los Christianos, que siendo Governador, se quiso alzar Emperador como Constantino, y Lucino. Fue en este malvado tanto el odio , y aborrecimiento contra los Catholicos , que mandò, que en las Escuelas enseñasen á los niños los Maestros , que supiesen de memoria un librillo , en que estaba lo que pasó entre Pilatos , y el Señor en los tiempos de su Pasion;pero este estaba todo lleno de mentiras, y falsedades, para con ello hacer odioso el Santo Nombre de Christo , y asi se criasen los niños con sumo aborrecimiento ácia él.

Castigóle Dios por seme-

mejante maldad, porque haviendo marchado Licino contra él, le venciò dos veces, y despues le dió una enfermedad tan cruel, que con intensos dolores le atormentó de suerte, que de rabia se despedazaba con los dientes, mordiendose las manos, y los brazos. Padecia esto por la maldad que inventò con los niños, y porque persiguió à los Christianos; y asi mandó revocar los Ediɛ̃tos, que havia dado contra ellos, y matar los Sacerdotes Gentiles, que decia haverle engañado: pero como esto no fue de verdadero corazon, sino por el trabajo en que se veía, le continuaron sus dolores, y se le saltaron los ojos; y de esta suerte murió rabiando, y miserablemente, como lo refieren Eusebio, Barónio, y otros.

Muerto Maximino, murió tambien despues Licino, con que quedó toda la Monarquia del Imperio Romano reducida al mando de Constantino, queriendo Dios acà gratificarle las buenas obras, que havia hecho á los Christianos. Viendose tan absoluto Emperador, quieren algunos Autores, que despues que se miró tan poderoso, se comenzò á ensobervecer, y como aun no del todo havia acabado de abrazar la Religion Christiana, ni havia recibido la agua del Santo Bautismo, refiere el Cardenal Baronio, haver hecho un absurdo, mas de Gentil, que de Christiano, que fue escribir á Maximinio, Prefecto de Roma, para que consultase à los Adivinos Gentiles sobre la significacion de un rayo, que havia caìdo en el Palacio Imperial, y por esto le castigó Dios de varias maneras; pero la principal fue plagandole de lepra.

Veìase Constantino muy afligido, y procuraron los Christianos consolar-

le, persuadiendole algunos á que se bautizase, y que con el Bautismo se le quitaria la lepra, siendole perdonados asimismo todos sus pecados. A este mismo tiempo los Medicos por otro lado se esmeraban en buscar medicinas para sanarle, y entre las que recetaron, fue una muy inhumana, pues le dixeron, que era preciso hacer un baño de sangre de niños, en que se lavase, para curar de la lepra: dispusieron, y recogieron por Roma, y los vecinos Lugares hasta tres mil de ellos, que fuesen degollados. Fueron traìdos con sus madres à Palacio, donde eran tantos los clamores, y llantos de estas desconsoladas mugeres, que llegando á los oìdos piadosos del Emperador, se compadeció mucho de las lágrimas de aquellas infelices madres, y no menos de la inocencia de sus tiernos hijos; y asi resolvió, diciendo: *Qué no queria la salud con daño de tantos.* Mandólas el Emperador luego despedir, y repartir al mismo tiempo à las madres una gran suma de dinero, en recompensa del dolor, y afliccion que havian padecido.

Aquella misma noche se le apareciò á Constantino San Pedro, y San Pablo, y haviendole agradecido la piedad que havia usado con los niños, y sus afligidas madres, le dixeron, que embiase al Monte Soracte por Sylvestre, Pontifice (donde el Santo se havia retirado por miedo de los Gentiles, que aun atormentaban à los Christianos, sin saberlo Constantino) y que él le enseñaria otro mejor baño, que el que le havian recetado los Medicos, con el qual indefectiblemente sanaria de su lepra. Vino el Santo Pontifice, y comunicandole el sueño que havia tenido, le mostró unas Imagenes de San Pedro, y San Pablo, y lue-

luego conoció el Emperador ser aquellos los que se le havian aparecido. Dixole asimismo el Santo, que el baño que los Apostoles le havian insinuado era el del Santo Bautismo, que tomado éste, podia estar persuadido ciertamente que sanaria, asi en el alma, como en el cuerpo. Determinóse à recibir el Santo Bautismo, lo que hasta aquel punto havia diferido; y asi con las persuasiones del Obispo Osio, y de San Sylvestre, con lo acontecido de la vision, dió ordenes para disponer un grande, y solemne aparato, que referiré; por ser digno de memoria.

Celebròse el Bautismo en su Palacio Lateranense, y fue tanto el gasto, que para esta funcion hizo, y el adorno de la Fuente Bautismal, que pasmarà à todos. Era esta una Pila de Porfido, cubierta por dentro, y fuera de plata finisima, que pesaba tres mil y ocho libras. En medio de ella havia una columna de Porfido, que tenia una fuente, ó vaso de oro, que pesaba cinquenta libras; esta servia de Lampara, y en lugar de aceyte tenia balsamo. A un lado de la Pila havia un Cordero de plata, que pesaba treinta libras; à el lado derecho del Cordero havia una Imagen del Salvador, que pesaba ciento y sesenta libras, y à la siniestra un San Juan Bautista, que pesaba treinta libras de plata, con un rotulo, que decia: *Ecce Agnus Dei, qui tollit peccata mundi.* En el borde de la Fuente havia siete Ciervos de plata, de los quales salia agua, y caia en la Pila; pesaba cada uno de ellos ochenta libras. Havia un perfumador de oro, que pesaba diez libras, adornado, y guarnecido de esmeraldas, rubìes, jacintos, y otras piedras esquisitas, y preciosas.

Diò el Emperador á la Capilla, ò lugar donde se bau-

bautizó diez mil doscientos y treinta y quatro sueldos de renta. Acabado el Bateo, quedó el Emperador tan limpio, y sano de la lepra, como si fuera recien nacido. Para recibir este grande beneficio, le preparó San Silvestre siete dias antes, haciendole dexar la Corona, Cetro, y vestiduras Reales. Tuvole aquellos siete dias retirado, y solo, haciendo penitencia, disponiendose con religiosos exercicios para recibir el Santo Sacramento del Bautismo. El Santo Papa Sylvestre, además de catequizarlo aquellos dias, mandó hacer publicas oraciones, y ayunos por él. Y llegado el Sabado, que era el septimo dia de estos exercicios, pasó San Sylvestre á bendecir la Pila donde havia de ser bautizado el Emperador.

Todas las cosas ya dispuestas, vino Constantino à ser bautizado, y al entrar en la Pila se vió un resplandor celestial por todos los concurrentes, que al tiempo de echarle el agua, le limpió totalmente de la lepra, dexando sus carnes hermosas, y sanas. Confesò asimismo el proprio Emperador, haver visto claramente entre aquel resplandor la mano de Jesu-Christo, que le limpiaba la asquerosa lepra. Desde entonces comenzó Constantino á predicar enteramente à nuestro Redentor Jesus, y confesar los beneficios, y mercedes, que de él havia recibido, como tambien à edificar muchas Iglesias, y darles muchos dones: todo lo qual consta en el Concilio Romano, congregado en tiempo del Papa Sylvestre en las Thermas, llamadas de Trajano, antes del Concilio Niceno, y el mismo año del Bautismo de Constantino. A exemplo de este piadoso Emperador se bautizaron en Roma mas de doce mil hombres, sin las mugeres, y los ni-

niños,que fueron infinitos, como lo dice Niceforo.

Con el milagro tan grande, que Dios havia obrado con elEmperador, y otros muchos prodigios, que entonces acaecieron, que pueden verse en el primer tomo de los Concilios, despues delNeocesariense, quedó aficionadisimo á la ReligionChristiana.Dió facultad para que se edificasen Templos por todo el mundo, y los mas de ellos á su costa, señaladamente en Roma. Mas sobre todo hizo el ultimo esfuerzo de su magnificencia, en ceder á la Iglesia la gran Ciudad de Roma.Donò al Papa Sàn Sylvestre, para él, y para todos sus Succesores (con el fin, que siendo, como son, superiores á todos, á nadie estuviesen sujetos) esta magnifica Ciudad, Cabeza de todo el Orbe,y Corte que havia sido de los mas esforzados, y poderosos Emperadores Romanos,segun lo refiere el Papa Nicolao III. por estas palabras.

„Porque nuestra Madre „ la Iglesia, para apacentar los Fieles, no careciese de socorros temporales, antes ayudada „ con ellos,fuese acrecentada en las cosas espirituales,se entiende haver „ tomado Dios milagrosamente ocasion de la „ enfermedad del Emperador Constantino, para „ que siendo curado de „ ella con la medicina del „ Bautismo, se acrecentase mayor firmeza á la „ Iglesia. Porque quatro „ dias despues de haver „ sido bautizado aquel „ Monarca, con acuerdo „ de todos sus Grandes, „ Consejeros, Senado, y „ todo el Pueblo, por público Decreto hizo Donacion à San Sylvestre,y „ á sus Succesores, de la „ Ciudad de Roma, para „ que en ella, juntamente con el Señorío espiritual, tuviesen el temporal; persuadiendole no ser

„ ser justo , que donde el
„ Emperador delCielo ha-
„ via establecido el Princi-
„ pado del Sacerdocio,tu-
„ tuviese mando el Empe-
„ rador de la tierra, sino
„ que la Silla de San Pe-
„ dro, colocada en el Se-
„ ñorio Romano, en todo
„ gozase de muy cumplida
„ libertad, y que á nadie
„ estuviese sujeta, la que
„ por boca de Dios á to-
„ todas havia sido prefe-
„ rida. „Esto dice Nicolao III. en el capitulo *Fundamenta Eccles.deElect. in sext.*

Como este gran Emperador cedió su Corte á la Iglesia,le fue forzoso hacer Corte nueva para sì, y demàs Emperadores. Fundó à Constantinopla,á la qual dió su nombre de Constantino; mas hoy la llaman los Turcos *Stampol*.El llamarla asi nació de los Griegos, que para significar que iban á esta Ciudad, *Istim Polim*, de que se originó el nombre de Stampol.Y era que por antonomasia la llamaban la Ciudad,que significaba *Polis*,y de aqui *Constantinopolis*.Está situada sobre las costas deMarmora,en frente de laNatolia,de quien la separa un estrecho.

Como Constantino eligió, y fundó esta Ciudad para su Corte, procurò enriquecerla con sumptuosos Edificios, haciendo un remedo de la Corte que dexaba, y por eso la puso por nombre *Roma la nueva*, pero el Pueblo agradecido, para honrar á su Amplificador, la llamò *Constantinopla*. Adornòla con Templos, Fortificaciones, Palacios, y Edificios sumptuosos.Fundó Tribunales, Academias, y congregó à los hombres mas sabios para Maestros, y Jueces. Juntó una copiosa Libreria, que por el cuidado de sus Succesores llegó à ciento y veinte mil Volumenes, numero pasmoso en tiempo que no se conocia la Imprenta; pero todos perecieron en el

Reynado de Leon el Grande, en que un fatal incendio consumió toda la Ciudad, sin dexar Templos, Casas, ni Palacios en la distancia de muchas leguas.

Tuvo Constantinopla su Patriarca, subordinado al Pontifice Romano hasta el Concilio segundo Constantinopolitano, que comenzaron los Patriarcas à abusar de los Privilegios, y Juan IV. se hizò intitular *Patriarca Ecumenico*, que quiere decir Universal, à que se opusò San Gregorio el Magno. Despues en tiempo del malvado Patriarca Focio se introduxeron enormisimos errores, y empezó un cisma general, que llegó hasta el año de mil quatrocientos treinta, y nueve, en que se celebró la Union de la Iglesia Griega, y Latina en el Concilio de Florencia. Duró poco esta paz, porque en el año de mil quatrocientos quarenta y tres, los Patriarcas de Alexandria, Antioquia, y Jerusalén, se resistieron al de Constantinopla, y dividieron el Imperio en nuevo Cisma. No tardaron en experimentar el castigo del Cielo; pues en el año de mil quatrocientos cinquenta y tres pasó Constantinopla à manos de Mahomete II. Emperador de los Turcos, que en veinte y nueve de Mayo la tomó, executando muchos estragos, y crueldades en los Ciudadanos, como puede verse en la Historia escrita de Constante Emperador.

A este poder vino á parar la nueva Roma, y exemplar de la antigua, que el piadoso Emperador Constantino donó á la Iglesia; y la lastima es, que aun hoy reside en poder de estos Barbaros, lo que llora la Christiandad. Segun el Edicto, que ya hemos referido, parece que no fue solo la Ciudad de Roma la que dió à la Iglesia este Principe, y á el Papa en su nombre, mas tambien

bien toda la Italia, como se refiere en el capitulo *Constantinus*, *dist.* 96. En fin, deseando el Catholico Emperador ampliar la Religion, que profesaba, y extirpar, y desterrar de la Iglesia los errores, que en el Oriente se havian levantado los años pasados, y especialmente la Heregia del maldito Arrio, con acuerdo, y voluntad del Pontifice S. Sylvestre hizo convocar un Concilio Universal de los Obispos de todas las Provincias, donde se conocia, y confesaba el Nombre de Jesu-Christo que fue su convocacion en la Ciudad de Nicea, un año despues de su Bautismo.

De aqui viene lo que dice Socrates al capitulo veinte del libro sexto de la Historia Tripartita: *Como el Emperador fuese certificado de las discordias, y disensiones que havia entre los Obispos por causa de Arrio, recibió de ello increible dolor: y deseando apagar el fuego de la discordia, que ardia entre ellos, escribió luego à Alexandro, y á Arrio, embiando con sus Cartas à Osio, Obispo de Cordova, Ciudad de España, hombre excelente, y fiel, al qual el Emperador singularmente amaba, y grandemente honraba.* Con tanto esfuerzo tomaron estos dos Campeones de la Iglesia, Sylvestre, y Constantino, el purgarla de los errores, y el defenderla de un tan cruel Herege como Arrio.

Por ultimo, de todas estas determinaciones del Concilio saliò el ser condenado este perverso Heresiarca, y que el Emperador le desterrase. Es verdad, que despues, andando el tiempo, se dice le levantò el destierro; pero aseguran, que el haversele levantado fue por engaño, é induccion de un falso Presbytero, y à ruegos de su hermana Constancia: mas principalmente, porque Arrio embiò un cierto escrito, y declaracion de su Fé, en que parecia en las pa-

palabras conformarse en lo que los Catholicos confesaban; y no entendiendo el Emperador Constantino el empeño de Arrio, tuvo por bien el que fuese sublevado el destierro. Pero mas me inclino à que procediendo en esto con su suma prudencia acostumbrada, no le mandó absolutamente alzar el destierro; pues remitió el examen de lo que Arrio decia á un Concilio de Obispos, que entonces se juntaba, para tratar de la edificacion del Templo de Jerusalén, sin aprobar Constantino en cosa alguna la escritura de Arrio. Sucediò andando en esto la muerte de este malaventurado Herege, que fue qual sus grandes pecados merecian, pues muriò subitamente, echando las tripas por la parte inferior.

El Historiador Cuesta, en su *Estado Sagrado*, da á entender, que el Emperador Constantino le hizo venir à este Concilio, y que haviendole levantado el destierro, por la poca confianza que tenia de Arrio, le obligò á que jurase guardar los Decretos del Concilio Niceno, y de tener, y seguir la verdadera Fé. Jurò Arrio con alguna confusion de palabras, que el Emperador no las entendiò, y le dixo estas razones: *Si es recta tu Fe, bien juraste; mas si es impia, y con todo te atreviste á jurar, Dios te condene por tan mal, y falso juramento.* Todo esto se halla en el Cardenal Cesar Baronio, segun lo cita el Autor Cuesta.

Mas es cosa maravillosa lo que aconteciò al siguiente dia que el Emperador le hizo jurar, donde claramente se vió lo falsamente que havia jurado, y castigo que Dios executó con este perverso hombre en pena de sus malvados delitos. Havia, pues, al siguiente dia de tenerse una disputa acerca de las opiniones de este iniquo Herege; quiso asistir á

el mismo Arrio, y viniendo à ellas, en el camino le tomó una necesidad corporal, en que echó quanto en el vientre tenia, y todas las entrañas con ello. Asi acabó este infame Heresiarca desastradamente en castigo de sus errores, y maldades, condenado á los Infiernos, como el piadoso Emperador se lo havía anunciado por aquellas palabras: *Dios te condene por tan mal, y falso juramento.*

Contabanse ya los años de trescientos treinta y cinco, quando el Pontifice San Sylvestre llegó á los ultimos de su vida, haviendo tenido este Santisimo Padre la dicha de haver ampliado, y estendido la Religion Catholica mas que en trescientos años atràs, asi en España, como en toda la redondez de la tierra, como tambien haverse celebrado mas Concilios durante su Pontificado, que en tiempo de ninguno de sus Predecesores. A los dos años despues de la muerte de este Santo Papa ocurrió el triste, y lamentable, en que murió el Emperador Constantino, dia de Pascua de Pentecostés, yendo para Nicomedia á tomar unos baños. Gravòse la enfermedad, y conociendo el Catholico Principe que se moria, llamando, y encomendandose muy de veras á Jesu-Christo nuestro Redentor, en quien firmemente havia creído, exhalò su espiritu à los sesenta y cinco años de su edad.

Refierense de este grande Emperador especialisimas cosas, dignas de eterna memoria. Escribe Eusebio, *lib. 2. de la Vida de Constantino*, como escribió el piadoso Emperador, luego que arregló las cosas de Roma, á su Proconsul Anilino en la Africa, mandandole, que luego hiciese restituir á las Iglesias de los Christianos todas las posesiones que les huviesen sido quitadas, huertos, ó

casas, ó otras qualesquiera cosas, que huviesen poseido, ó tuviesen derecho á ellas. Esto mandó con grandisimo encarecimiento, que con grandisima brevedad se hiciese, diciendo, que queria entender, y ser avisado del cumplimiento de este mandado.

Y en otra carta, que escribió al mismo Proconsul, trata santisimamente de la inmunidad de las Personas Eclesiasticas, diciendo: *Que por quanto por muchos argumentos constaba haverse seguido grandes peligros de la negligencia, y menosprecio de las cosas de la Religion, y que de guardarse santamente las leyes de ella, se havia seguido grande prosperidad, y felicidad al nombre Romano, le parecia, que convenia que los hombres, que con la debida santidad, y con la continua guarda de la divina Ley, se ocupan, y emplean en los ministerios de la divina Religion, llevasen premios dignos de sus trabajos. Por tanto, queria, y era su voluntad, que todos los Ministros de la Iglesia Catholica, llamados Clerigos, que en el distrito de su jurisdicion servian à la santa Religion en la Iglesia donde presidia Ceciliano, fuesen libres, é inmunes de todos, y qualesquier civiles ministerios de la Republica, y que los dexasen sin alguna molestia servir á su propria Ley.*

Mas entre las cosas que en este escrito se refieren, es de notar, que manda que aquella inmunidad se guarde à los *Clerigos, que servian en la Iglesia donde presidia Ceciliano*; y no manda, que generalmente se guarde á todos los Clerigos del Africa; y esto es, porque los de la Iglesia de Ceciliano eran Catholicos, y los de otras Iglesias de aquella Provincia comunmente eran Hereges Donatistas, de los quales havia muchos por aquel tiempo en Africa, los quales recurrian los mas á Roma à defender su partido con el Emperador Constan-

tantino: más este piadoso Principe todas estas causas de los Donatistas, que forjaban, y tenian contra el Obispo Ceciliano, y otros Obispos Catholicos, las remitia á que las juzgase el Pontifice; por lo que determinó el Santo Pontifice Melchiades convocar un Concilio, donde se condenò al Herege Donato, y sus sequaces, en el Palacio Lateranense, donde se tuvo.

En el Concilio Niceno, donde dicen haverse hallado este piadoso Emperador, aunque le dieron muchos Memoriales contra los Obispos, no quiso ver ninguno, antes los quemò todos, y les dixo aquellas palabras tan Catholicas, y santas, que refieren San Geronymo, Rufino, y Baronio: *Vosotros sois dados Dioses para nosotros por el mismo Dios, y no es justo que un hombre juzgue á Dioses, sino aquel unicamente de quien está escrito: Dios presidió en la Synagoga de los Dioses, y en medio de ella los juzga.*

Despues de haverse finalizado el Concilio, donde se condenó la perfidía Secta del maldito Herege Arrio, con todos sus Sequaces, que duró desde diez y nueve de Junio, hasta veinte y cinco de Agosto, hizo el Emperador una breve Oracion á todos aquellos Padres, exhortandoles à la paz, y union, que debian tener. Concluido, pues, este Concilio, determinó otra obra piadosisima con su madre Santa Elena. Aunque esta Santa era ya por entonces de mucha edad, pues pasaba de setenta años, se animò à ir à la Ciudad Santa de Jerusalén, con deseo de hallar la Cruz en que nuestro Redentor Jesu-Christo padeciò muerte por salvar à todo el Genero Humano, obligados madre, è hijo à las grandes victorias que con la señal de ella havian alcanzado en su Imperio.

Pu-

Pusieronse en camino, fervorosos de encontrar tan precioso thesoro, confiados en que Dios les havia de favorecer, y ayudar al hallazgo de tan rica prenda. Hallaronla en fin, porque llegando á Jerusalén, inquirieron el lugar, y sitio del Calvario, donde fue crucificado Jesu-Chisto con los dos Ladrones. Mandaron cabar en aquel Monte, y encontraron todas tres Cruces, la de Christo, la de San Dimas, y la del mal Ladron el dia tres de Mayo, que fue quando gozaron de esta buena suerte, y nuestra Madre la Iglesia celebra su fiesta entonces debaxo de la vocacion de la *Invencion de la Santa Cruz*. Encontradas las Cruces, se vieron en un mar de dudas, no pudiendo discernir la que era de nuestro Redentor, hasta que un prodigioso milagro desató todas las dudas, que fue de la manera que diré.

Estando todos en la confusion sobredicha, y no pudiendo determinarse á elegir la Santisima Cruz de Christo, el Santo Obispo de Jerusalén hizo traher alli una muger muy enferma, y en sumo peligro: mandó que fuesen aplicandola todas tres Cruces: al toque de las de los dos Ladrones no huvo novedad en la doliente, pero al contacto de la de Christo luego quedó sana la enferma, y como si no huviera tenido mal alguno: con que se certificaron que aquella era la Santisima Cruz donde nuestro Salvador fue crucificado. No pasó mucho tiempo despues de esta maravilla en que murió Santa Elena, haviendo visitado todos los Santos Lugares, y fundado en ellos muchisimos, y magnificos Templos, y hoy existen algunos.

Por ultimo, otro exercicio de piedad obró Constantino al concluir la Nueva Roma Constantinopla, que fue por los años de tres-

trescientos y treinta. Puso en ella una columna grande de Porfido, y sobre ella una Estatua del mismo Emperador, con un martillo de oro en la mano, y sobre él una Cruz con esta inscripcion: *Tibi, Christe Deus, Urbem hanc commendo.* A ti Christo Dios Eterno te encomiendo esta Ciudad. Puso dentro de la columna algunas Reliquias, y unos versos, que trahe Baronio, en que se muestra la piedad de este gran Principe, que dicen asi:

Tibi Christe, mundi Domine, Rectorque optime,
Urbem hanc, tibique serviat, modo subdidi:
Et sceptra Romamque omnem potentiam
Has tu malis defendes semper ab omnibus.

FIN.